

Departamento de Historia
Universidad de Santiago de Chile
Revista de Historia Social
y de las Mentalidades
Volumen 21, Nº 2, 2017: 61-77
Issn: 0717-5248
Issn On Line: 0719-4749

CULTURA, SOCIEDAD, VIDA COTIDIANA Y POLÍTICA DURANTE EL ESTALINISMO: UN ENSAYO HISTORIOGRÁFICO*

CULTURE, SOCIETY, DAILY LIFE AND POLITICS DURING STALINISM:
A HISTORIOGRAPHICAL ESSAY

Dra. MIRANDA LIDA
Universidad Católica Argentina
Buenos Aires, Argentina
Email: mirandalida@uca.edu.ar

RESUMEN

En los últimos años, se ha verificado una gran apertura y renovación en los estudios de la Rusia soviética. Presentamos en este trabajo un debate historiográfico acerca de una serie de estudios provenientes mayormente de la historiografía anglosajona de las últimas décadas que siguieron a la caída de la Unión Soviética con la intención de entender el sistema de valores, las prácticas culturales y la sociedad que se fue forjando en la Unión Soviética bajo los años de la revolución de Stalin. Se trata de una sociedad que estuvo signada por las profundas transformaciones económicas impuestas a través de los planes quinquenales, las persecuciones políticas y el intento -no sin contradicciones- de poner en marcha un hombre nuevo, imbuido de los valores soviéticos. El estalinismo supuso una enorme transformación para la Rusia todavía predominantemente campesina que

ABSTRACT

Last years, there were great progresses on the studies about the Sovietic era. We introduce on this article a historiographical approach on several studies developed on the last decades –since the collapse of Soviet Union– at the Anglo-Saxon historiography focused on the study of value systems, cultural and social practices at the time of the Stalin regime. The Sovietic society had to deal with deep economic transformations as the results of the first Five-Year Plans, the political purges and the utopia of a new Sovietic man. Stalinism supposed a great transformation for a country that still remained mostly rural on 1917. The depth of this revolutionary change can

* Recibido: 2 de octubre de 2017; Aceptado: 14 de noviembre de 2017.

había hecho la revolución de 1917. La profundidad de esta transformación revolucionaria no sólo se advierte en las formas de producción y de gobierno, sino en la vida cotidiana, la sociedad, la cultura, los valores y las costumbres de todo un pueblo. Son estas precisamente las aristas que más han contribuido a iluminar los estudios que aquí presentaremos.

Palabras clave: Estalinismo; historiografía; vida cotidiana; prácticas culturales.

be observed not only on government and economy, but also on ordinary life, society, culture, values and costumes. These are the axes that more contributed to illuminate the new discussions on this issue.

Keywords: Stalinism; Historiography; Daily life; Cultural Practices

1. INTRODUCCIÓN

En los últimos años, se ha verificado una gran apertura y renovación en los estudios de la Rusia soviética, en buena medida facilitada por la apertura de los archivos que se produjo a partir de la década de 1980. Importantes contribuciones historiográficas han comenzado a renovar la historiografía en especial en la academia anglosajona: así, los trabajos de Sheila Fitzpatrick (2005), Orlando Figes (2001 y 2009) y Robert Service (2009), todos ellos ya bien conocidos, gracias a su amplia difusión en lengua española. Con estos nuevos aportes historiográficos, la historia soviética pudo ser pensada cada vez más en su especificidad, si bien cabe admitir, de todas formas, la posibilidad de reconocer líneas de continuidad con la etapa imperial que le precedió, con las que la revolución no llegó a romper cabalmente, como se ha señalado en la obra de Daniel Beer (2005).

Era muy común todavía en las décadas de 1960 y 1970 que la experiencia rusa, en especial la estalinista, quedara subsumida en el marco más cabal proporcionado por los estudios acerca de los totalitarismos modernos; no faltaron las comparaciones y los reduccionismos en este tipo de estudio comparativo, que llevarían a que se perdiera de vista la singularidad histórica de la experiencia soviética. Pero si, como afirma Ian Kershaw (2004), cuando se refiere al nazismo, incluso el régimen liderado por Hitler tuvo sus rasgos específicos y diferentes, a tal punto que cabe pensarlo como una especie diferente dentro de su género, tanto más sentido tiene un abordaje atento a las especificidades en el caso ruso, gracias a sus peculiares características sociales, culturales, políticas, ideológicas e históricas.

En este sentido, presentaremos en este trabajo una serie de estudios que todavía carecen de circulación en lengua española y que se han venido desarrollando en las últimas tres décadas con la intención de entender el sistema de valores, las prácticas culturales y la sociedad que se fue forjando en la Unión Soviética bajo los años de la revolución de Stalin. Se trata de una sociedad que

estuvo signada por las profundas transformaciones económicas impuestas a través de los planes quinquenales, las persecuciones políticas y el intento -no sin contradicciones- de poner en marcha un hombre nuevo, imbuido de los valores soviéticos. Guste o no, el estalinismo supuso una enorme transformación para la Rusia todavía predominantemente campesina que había hecho la revolución de 1917. La profundidad de esta transformación revolucionaria no sólo se advierte en las formas de producción y de gobierno, sino en la vida cotidiana, la sociedad, la cultura, los valores y las costumbres de todo un pueblo en un contexto de fuerte modernización social. Son estas precisamente las aristas que más han contribuido a iluminar los estudios que aquí presentaremos.

2. DE LA TESIS DEL TOTALITARISMO A LOS NUEVOS APORTES DE LA HISTORIOGRAFÍA RECIENTE

Durante largas décadas luego de la segunda Guerra Mundial, los estudios sobre la Unión Soviética que se desarrollaron sobre todo en el mundo occidental estuvieron dominados por la tesis del totalitarismo desde lo escrito por Hannah Arendt (2006), Richard Overy (2006), Ian Kershaw (1997 y 2004). Bajo la era de Stalin -se ha afirmado- la Unión Soviética se convirtió en una sociedad y un régimen totalitario en los cuales la legalidad formal no era más que una pantalla de humo que ocultaba una feroz dictadura ejercida por el Partido Comunista y, en especial, del secretario general del partido. Las purgas, el confinamiento en campos de trabajo de los enemigos del régimen -ya fueren reales o imaginarios- y el reasentamiento forzoso de grandes cantidades de población fueron las formas más explícitas del ejercicio de la violencia y la represión por parte del régimen. Las granjas colectivas, por otra parte, que fueron oficialmente presentadas como un avance ante la tradicional agricultura privada de pequeña escala, por definición “pequeñoburguesa”, representaron sin duda otra forma de ejercicio de la violencia o, dicho de otro modo, pusieron en vigencia una “segunda servidumbre” ejercida sobre el campesinado. En pocas palabras, la tesis del totalitarismo enfatiza el modo en que el ejercicio del poder apunta hacia el autoritarismo, la violencia, la atomización de la sociedad a través de la disolución de la familia y de los vínculos tradicionales (en especial, entre el campesinado) y el adoctrinamiento masivo realizado a través del aparato del Estado y del partido.

Dentro de este marco interpretativo y conceptual, quedaba poco margen para un análisis más sutil de las lógicas internas propias del Estado soviético en su relación con la sociedad y las propias dinámicas en torno a la implementación de las políticas de terror. Porque en última instancia la tesis del totalitarismo no ofrece más que una imagen especular de las propias representaciones construi-

das por el régimen soviético, tornándose tan absoluta en su manera de analizar el estalinismo como lo fue el propio régimen de Stalin; dicho en otros términos, potencia la imagen de una sociedad integrada, unívoca y sin fisuras, construida por el partido y la acepta sin mayor discusión. Siguiendo lo planteado por Hannah Arendt, Barrington Moore Jr. (1954) y Abbot Gleason (1993), esto vale sobre todo para buena parte de la literatura sobre la Unión Soviética publicada en Occidente, donde se ha procurado construir un consenso en torno a la idea totalitaria.

Podríamos todavía elevar una segunda objeción a la tesis del totalitarismo, tal como fue desarrollada en la historiografía más reciente: suele dar por sentada una cierta identificación tácita entre el nazismo, el fascismo y el estalinismo, puesto que los tres regímenes propios de la Europa de entreguerras compartieron rasgos antiliberales que los tornaban incompatibles con la modernidad occidental, con sus raíces fuertemente ancladas en la herencia de la Revolución Francesa. Esta comparación, que se nutrió del clima tenso suscitado entre las dos superpotencias que protagonizaron la Guerra Fría luego de la Segunda Guerra Mundial, adrede enfatiza demasiado los contrastes entre los países occidentales y la Unión Soviética, pasando por alto las semejanzas que, pese a todo, tenían entre sí y que no querían ver en un contexto de marcada tensión internacional entre Oriente y Occidente como fue la segunda posguerra. Contra ello, por contraste, hoy en día se ha llamado poderosamente la atención sobre el aire de familia que existía entre la sociedad de masas y de consumo norteamericana, y el modo en que ella también se desarrolló en la Unión Soviética, Italia o Alemania. La movilización de las masas en todo sentido (político, cultural, social) y el amplio desarrollo que verificó la cultura y la sociedad de consumo en esos años no pueden sino invitar a una reflexión comparativa en la que la experiencia norteamericana -ampliamente emulada en la Unión Soviética de entreguerras, pese a todo- no puede ser pensada de manera aislada en relación con el contexto europeo en su conjunto, incluido el caso ruso (Kotkin 111-64). De tal manera que la Unión Soviética debe ser pensada en relación con las transformaciones propias de la modernidad de entreguerras en sus más variados escenarios, tanto en sus aspectos sociales, culturales o políticos, pero sin dejar de lado de todas maneras su especificidad porque, está claro, la cultura de masas en la Unión Soviética de entreguerras tenía tanto semejanzas como diferencias con las de Occidente.

No fue sino hasta fines de la década de 1970 que estos enfoques, tradicionalmente centrados en el papel del Estado y el ejercicio del poder político en regímenes antiliberales, comenzaron a abrirle el paso a nuevas líneas de investigación, orientadas a abordar con más detenimiento el papel de la propia sociedad en el estalinismo, un actor crucial sin embargo. Así, se destaca la obra de Sheila Fitzpatrick, quien se propuso muy tempranamente, contra la corriente, hacer una

historia del estalinismo “desde abajo”, deshaciendo los lugares comunes y las opacidades que las tesis del totalitarismo impedían advertir con claridad. Por supuesto, sus aportes historiográficos se nutrían en gran medida de la renovación intelectual que supuso el auge del marxismo occidental en las décadas de 1960 y 1970. Según sus propias palabras:

“Cuando comencé a tratar de hacer historia “desde abajo” no estaba del todo segura de qué podría encontrar allí, nada más pensé que tendría que hallar algo. La primera cuestión que me llamó la atención fue la movilidad social hacia arriba, porque parecía solucionar la incógnita de por qué, a pesar del evidente fracaso del proletariado luego de la Revolución para gobernar *como clase*, tantas personas pudieron de todas maneras tener la sensación de que se había cumplido la promesa revolucionaria de que los trabajadores serían los amos” (Fitzpatrick, An interview 485-86)¹.

Estas nuevas lecturas en torno al estalinismo, que vieron la luz cuando todavía la historiografía sobre la Unión Soviética se encontraba muy dominada por los debates ideológicos propios de la Guerra Fría, no tardarán en llevar a interrogarse en torno a la muy controvertida cuestión acerca del eventual consenso que la sociedad (sea en su totalidad, o al menos parcialmente) pudo haberle brindado (o no) al régimen, a lo largo de los años². La tesis del totalitarismo había hecho imposible pensar algo así hasta entonces. No obstante ello, este consenso comenzó a ser advertido en diferentes grupos sociales, en especial, en aquella generación que nació con la Revolución, creció durante los años de Stalin y pudo ver la expansión prodigiosa de la industria, las universidades, las instituciones culturales y el Estado soviéticos. Ya fuere por el anhelo de progresar, o aunque sólo sea por ver alcanzadas sus expectativas de ascenso social, muchos trabajadores jóvenes apenas alfabetizados se plegaron *de buena gana* a la colectivización, la industrialización y la “revolución cultural” iniciada por Stalin. Muchos de ellos, incluso, adoptarán un perfil propio, a tal punto que Sheila Fitzpatrick (1979) los denominará *la generación Brezhnev*: se caracterizaban por ser adictos

1 La traducción es de la autora.

2 El problema del consenso ha sido abordado también en la historiografía reciente para explicar el nazismo, así como también la ocupación alemana de Francia. En relación con el estalinismo se pueden revisar las obras de Sarah Davies (1977), David Hoffmann (1994) y Robert Service (1998). En lo que respecta al nazismo se sugiere revisar las obras de Daniel Goldhagen (1997) y Peter Fritzsche (2006).

al régimen, pero al mismo tiempo reclamaban su estabilización, tanto económica cuanto política, sin sobresaltos.

Otros estudios que han ayudado a complejizar la mirada sobre el estalinismo, desafiando las concepciones más mecanicistas y deterministas, son aquellos que han tomado como punto de partida el análisis de la cultura de masas y los medios de comunicación en tiempos de Stalin; a través de estos estudios comenzó a llamarse la atención sobre la necesidad de rechazar la imagen del régimen que el propio Stalin gustaba en transmitir en la propaganda política, con la intención de reforzar los aspectos más monolíticos del régimen y una fuerte imagen de casi total omnipotencia. Esta imagen construida desde el poder no presenta sin embargo sino fuertes contradicciones; de hecho, el estado soviético fue algo más débil de lo que parecía a simple vista, a tal punto que el propio papel de Stalin en el régimen debe ser cuestionado, tal como sugirieron algunos autores que por ello mismo suelen ser considerados “revisionistas”. Pero no se trata de minimizar la responsabilidad de Stalin en la puesta en vigencia del totalitarismo soviético, ni de postular un tipo de revisionismo que lleve a la misma clase de errores de interpretación que sostuvo David Irving en relación con el nazismo³. Se trata simplemente de comprender la complejidad del proceso histórico en todas sus dimensiones.

En este sentido, desde fines de la década de 1980 se ha verificado un creciente proceso de complejización en la comprensión del estalinismo, gracias -entre otras cosas- a la apertura de los archivos soviéticos, que permitió a la historiografía occidental nuevos enfoques capaces de iluminar bajo una nueva luz la era de Stalin. Repasaremos a continuación algunos de los aportes historiográficos más importantes de los últimos años. De más está decir que se trata de una selección inevitablemente arbitraria, que marca las tendencias analíticas, teóricas y metodológicas que se han venido dando en la historiografía reciente pero que no tiene pretensión de exhaustividad ni mucho menos, sino solamente de trazar un mapa conceptual que permita dar cuenta de la complejidad del asunto; una vez trazado ese mapa podremos advertir hasta qué punto el rigor profesional de la historiografía contemporánea ha hecho aportes cruciales para la comprensión de toda una época en la historia rusa, así como también, por extensión, europea.

3 David Irving (1989) presentó a Hitler como un “dictador débil”.

3. CULTURA, SOCIEDAD, VIDA COTIDIANA Y POLÍTICA DURANTE EL ESTALINISMO

Fueron sobre todo los trabajos de Sheila Fitzpatrick los que desde fines de la década de 1970 comenzaron a desbrozar el terreno en pos de una comprensión más cabal acerca de la historia soviética, desde los años de la revolución hasta los de Stalin. Su mirada “desde abajo” alentó la investigación de nuevos problemas en la historia soviética, que iban desde una consideración en torno a las distintas formas de resistencia ante el autoritarismo, hasta el estudio acerca del modo en que las políticas económicas implementadas por Stalin -en especial, la colectivización forzosa que acompañó al Primer Plan Quinquenal en los primeros años de la década de 1930- impactaron sobre la vida cotidiana del campesinado ruso, que se vio obligado a adaptarse a rápidos y drásticos cambios. La adaptación al koljoz era de por sí difícil de sobrellevar, puesto que la colectivización le impuso al campesino condiciones de vida que no tardaron en ser juzgadas como una “segunda servidumbre”, como si se tratara de una vuelta atrás a lo más ominoso del zarismo. No menos difícil fue la adaptación para todos aquellos que migraron a las ciudades, en busca de trabajo; la calidad de vida urbana decayó drásticamente, dadas la intensidad de las migraciones internas y la falta de vivienda y de acceso a comodidades de cualquier tipo. Ni siquiera en las ciudades era fácil acceder a un estándar de vida más o menos aceptable, puesto que las limitaciones que existían en materia de consumo -en especial para los productos más básicos, regulados por las tarjetas de racionamiento- no hacían sino empeorar la calidad de vida, incluso para la clase obrera en rápido crecimiento en los años del Primer Plan Quinquenal. El pormenorizado estudio de Fitzpatrick (1999) en torno a la calidad de vida y el acceso al consumo en las ciudades soviéticas revela en este sentido lo ardua que podía resultar la vida cotidiana para la clase obrera, situación que resultaría tanto más irritante en un régimen como el soviético, puesto que se legitimaba a sí mismo invocando su defensa de las reivindicaciones proletarias.

Mucho peor era aún la situación para el campesino colectivizado puesto que tenía restringidos sus derechos, incluso el de trasladarse a las fábricas como trabajadores temporarios, a fin de ganar ingresos extra, fundamentales en tiempos de malas cosechas o hambrunas. La vida en las granjas colectivas, sin embargo, prometía ser para el campesino ruso menos dura que antaño, al menos en algún sentido, puesto que el régimen de Stalin se encargó de alentar la modernización rural en distintos planos. Así, la educación rural fue promovida intensamente por los bolcheviques, alentando a que los campesinos fomentaran en sus hijos las perspectivas del acceso a una educación que a la larga los sacaría

de las granjas colectivas, los llevaría a las ciudades, a las fábricas y seguramente a la posibilidad de acceder a algún tipo de ascenso social; en este punto, desde luego, es imposible trazar líneas de continuidad con el período prerrevolucionario. De este modo, hijos de campesinos pobres, e incluso los hijos de los propios *kulaks* expropiados, maniatados y empobrecidos por las persecuciones políticas que emprendieron contra ellos los bolcheviques, lograrían encontrar un lugar en un sistema soviético en el que hasta allí nunca se habían sentido del todo bien recibidos⁴. Para los bolcheviques, y para Stalin en especial, el campesino era portador de valores arcaicos, muchas veces de índole religiosa, que la revolución debía encargarse de extirpar; era supersticioso, analfabeto, con vicios difíciles de extirpar como la escasa propensión al trabajo o el consumo excesivo de alcohol. El resultado fue que las granjas colectivas, luego de que los *kulaks* fueran exterminados *como clase* y muchos de ellos destinados al Gulag, pudieron ser incluidas en la propaganda del régimen como parte de aquel “mundo nuevo” creado por la revolución, pregonado hasta el hartazgo por los bolcheviques, en especial en los años de Stalin. Tanto es así que el koljoz, presentado de manera idílica en la prensa, la publicidad y las películas que el estalinismo tanto se esforzó por difundir, retrataba un “mundo feliz” en el que los campesinos accedían a mejores condiciones de vida que en años pasados: se los retrataba ahora sí de manera positiva, vestidos con sus trajes típicos, cantando y bailando al ritmo de sus labores campesinas, cual si se tratara de un bucólico cuento de hadas en el que el campesino trabaja con dedicación, bien alimentado y vestido (Fitzpatrick, *Stalin’s peasants* 262-85).

Estas imágenes estereotipadas procuraron sostener una suerte de utopía -pregonada desde muy temprano por la propaganda revolucionaria soviética- de la modernización rural, a través de la tecnificación, la electrificación y el acceso ahora sin precedentes del campesino a bienes de consumo que tradicionalmente habían permanecido identificados con la ciudad, tales como ciertas comodidades domésticas (enseres, muebles) o vestimentas de confección industrial que implicarían dejar a un lado las tradicionales y folklóricas prendas de origen campesino. De más está decir que estas imágenes utópicas de la comuna rural idílica, ordenada y trabajadora tenían desde ya poco que ver con la realidad, amenazada por las hambrunas, la escasez y la vigilancia policiaca sobre la vida y los movimientos del campesinado. No obstante ello, contribuyeron a forjar imágenes míticas de “modernidad” que, acompañadas de la utópica idea revolucionaria en la que se sustentaban, pretendían transmitir la impresión de que el nuevo régimen

4 Orlando Figes (2009) reconstruye disímiles experiencias de vida de hijos de kulaks.

estaba verdaderamente dispuesto a crear un mundo nuevo, “feliz”, socialista, científicamente planeado, cuya meta era, nada más y nada menos, que la de dar por resultado obreros y campesinos prósperos y bien alimentados.

Mucho se ha discutido sobre el carácter de esta modernidad, por definición apartada del capitalismo occidental y sus valores como ha señalado Stephen Kotkin (1995)⁵. No obstante ello, no puede pasarse por alto que el estalinismo fue a su modo un poderoso factor de modernización en la Unión Soviética, montado en una expectativa de modernización tecnológica, industrialización, urbanización, radical transformación de la comuna rural tradicional -juzgada arcaica y primitiva- así como también de los valores, las costumbres, los estilos de vida, la familia y los roles de género -aún cuando en los diferentes “brotes febriles” que atravesó la revolución las actitudes acerca de la familia hayan verificado importantes variaciones-. La modernización se advierte a simple vista en el uso intenso de los medios masivos de comunicación y de propaganda del que hace uso el estalinismo -no muy diferente, por cierto, a la utilización de estas mismas técnicas en Estados Unidos, la Alemania nazi o la Argentina de los años treinta con sus grandes emisoras de radio-, así como también se destaca el recurso a las técnicas de movilización de masas, que verificaron un uso intensivo en la década de 1930. En este sentido, puede afirmarse que la URSS marchaba a la par de las transformaciones que se estaban dando en los países occidentales, con el advenimiento de las masas en la política, la cultura y las prácticas sociales de buena parte de los países occidentales⁶.

En efecto, una de las líneas de investigación que más ha se ha desarrollado en los últimos tiempos tiene que ver con el estudio de la modernización cultural en los tiempos de Stalin. El desarrollo de la cultura de masas en general -el cine, la prensa, la radio y la publicidad de masas- se aceleró de la mano de los procesos de urbanización que la industrialización trajo consigo; si bien mucho de la cultura popular tradicional, incluso de origen rural, habrá de sobrevivir en las grandes ciudades provocando sincretismos que no dejan de advertirse en la prensa de la época y en las canciones populares, no se puede pasar por alto, como han advertido Robert Von Geldern y Richard Stites (1995), el fuerte impacto que

5 Una interpretación sobre las formas “desviadas” de la modernización en la Alemania nazi que ha tenido mucha influencia en la historiografía del período de entreguerras se encuentra en Jeffrey Herf (1984).

6 Stephen Kotkin sostiene que incluso la concepción del Estado social o de bienestar que los bolcheviques introdujeron en la Unión Soviética luego de la revolución merece ser pensada a la par de las políticas sociales desarrolladas en otros países occidentales para la misma época, así el caso de la República de Weimar (143). En este sentido, también se pueden revisar los planteamientos de Bernice Madison (1968).

al mismo tiempo tuvieron los nuevos lenguajes y códigos de la cultura de masas. Tanto es así que al igual que en otros países de Europa - la Alemania estudiada por Eric Weitz (2009), por ejemplo, dada la modernidad y la vitalidad de su cultura de masas para la misma época, en plena República de Weimar-, la Unión Soviética de Stalin recibió y consumió con fruición películas norteamericanas. Y cuando comenzaron a producir su propio cine, en especial en los años treinta, no tardaron en copiar modelos de producción cinematográfica calcados de los Estados Unidos. Incluso el jazz, tan de moda en los *roaring twenties* en grandes ciudades como Nueva York y en Berlín, recuperó en Moscú un fuerte lugar, como pudo advertirse desde los años de la NEP, según el estudio de Stites (1992).

Claro que esta apropiación de los códigos y los lenguajes de la cultura de masas no se llevó a cabo en la Unión Soviética sin imbuirla a su vez de valores propiamente socialistas. Pero no se trataba simplemente de utilizar la cultura de masas como medio de propaganda a favor del régimen bolchevique para la transmisión de ideas y principios revolucionarios, sino además de llevar a cabo una tarea civilizadora a través de la difusión masiva de toda una serie de valores culturales y normativos que eran considerados de primera importancia para alcanzar la transformación revolucionaria de la sociedad rusa, tradicionalmente rural y juzgada arcaica por los bolcheviques. Los medios de comunicación eran un arma fundamental no simplemente para la propaganda ideológica, sino además para impulsar -en los términos del sociólogo Norbert Elias- un “proceso civilizatorio” que los bolcheviques creían imprescindible, a fin de facilitar la adaptación de la población campesina a la vida urbana, proletaria e industrial. Se trataba de inculcar hábitos de urbanidad, de higiene, de buenas costumbres en una población que no estaba acostumbrada a las comodidades urbanas, al estilo de vida de las grandes ciudades; esta tarea era considerada imprescindible a fin de evitar la propagación de enfermedades contagiosas en las ya superpobladas ciudades soviéticas de los años treinta. Más de una vez se apeló a la autorizada voz de médicos e higienistas para promover hábitos sanos en la creciente población urbana. Desde esta perspectiva, se creía que “para mejorar la salud y la capacidad física de la población, era imprescindible transformar la calidad de vida de la gente”, según afirma el historiador David Hoffmann (*Stalinist Values* 23) en un importante estudio acerca de los valores soviéticos que los bolcheviques pretendían inculcar a través de la cultura de masas, cada vez más extendida en la Unión Soviética de entreguerras⁷. La construcción revolucionaria de una sociedad nueva exigía la difusión de valores que penetraran la vida cotidiana de las

7 Traducción de la autora.

personas, al punto de transformar de raíz sus hábitos y sus costumbres. En este sentido, se destaca la preocupación de los bolcheviques por inculcar hábitos sanos en el tiempo de ocio de los trabajadores, a fin de evitar que recayeran -como solía ser frecuente en la Rusia campesina tradicional- en la ebriedad, un vicio que se consideraba nocivo porque afectaba la disciplina en el trabajo industrial. De lo que se trataba pues era de promover un uso cultivado del tiempo de ocio, que permitiera un “sano” esparcimiento a través de la cultura de masas y de los deportes colectivos (gimnasia, atletismo). Según escribe Hoffmann, “para sustituir el ocio decadente y sin cultivar, las autoridades soviéticas proporcionaron un amplio rango de actividades y entretenimientos ilustrados: films, obras de teatro, lecturas públicas, círculos artísticos y cultura física” (33)⁸. Había, pues, toda una tarea pedagógica que llevar adelante a fin de lograr que viera la luz el “nuevo hombre soviético”, imbuido de sanos valores, ilustrado y racionalista, despojado de toda superstición. Los bolcheviques creían que era posible esa obra de regeneración del ser humano, maleable con total plasticidad y a eso, claro está, lo llamaban “revolución”.

El aparato del Estado a través del Comisariado de Educación y el Komсомол -la juventud bolchevique- jugaron un papel pedagógico importante, alentando la creación del “nuevo hombre soviético”. Pero también tuvieron una parte no menos significativa en esta misma tarea las mujeres de los ingenieros, de los oficiales del Ejército Rojo, de los altos rangos del partido bolchevique y de los trabajadores *estajanovitas*. Desde su lugar de mujeres de la élite soviética, se comprometieron a llevar adelante la conformación de grupos de voluntarias que se dedicaban a procurar un alza en el nivel de vida de los trabajadores de las fábricas y campos de trabajo en los que sus maridos ocupaban posiciones jerárquicas (Schrand 126-50). Así, estas mujeres desarrollaron tareas filantrópicas -no muy diferentes por cierto a las que llevaban a cabo grupos de mujeres de elite en los países occidentales- que acompañaron la puesta en marcha del “proceso civilizatorio” ya indicado, inculcando en especial entre las mujeres de los trabajadores recién llegados a la ciudad, hábitos urbanos y de higiene, para el cuidado del hogar, de los hijos y de la familia en general, lo cual ayudaría, según se esperaba, a hacer caer las altas tasas de mortalidad infantil heredadas de la etapa prerrevolucionaria. Así, el lente del totalitarismo en tanto que matriz explicativa de la era estalinista es a todas luces insuficiente para captar cabalmente todas las transformaciones que la revolución trajo consigo.

Todavía es poco lo que se ha indagado acerca del papel de la mujer durante la revolución y el estalinismo. Muchos testimonios sugieren sin embargo que la mujer recibió una atención especial por parte del régimen, así como también se destaca el hecho de que fuera enorme la cantidad de mujeres que periódicamente escribían a las autoridades soviéticas reclamándoles que atendieran las condiciones de vida, la educación y vivienda de sus hijos; no faltaron asimismo las cartas solicitando subsidios del Estado para madres de hijos numerosos o para las viudas de víctimas de la guerra civil. En los años de Stalin, la mujer encontró nuevas oportunidades en el sistema soviético, ya sea a través del creciente acceso a la educación -incluida la superior-, la política social impulsada por Stalin a partir de 1936 en pos de la protección de la familia o la plena conciencia que comenzaron a adquirir de sus derechos y ello a pesar de un cierto puritanismo conservador que impulsó el régimen (Fitzpatrick, *Everyday Stalinism* 139-63).

El activo papel de la mujer en el sistema soviético nos hace volver una vez más al problema de la relación entre el régimen y la sociedad, verdadero nudo gordiano, una relación que no se agota en el mero ejercicio del terror por parte del aparato represivo y policiaco del régimen, ejercido sobre una sociedad inerme e incapaz de defenderse⁹. La sociedad que se construyó en la etapa pos-revolucionaria era cada vez más compleja y por tanto difícil de quedar reducida a una fórmula unívoca u homogénea. Como mostrara recientemente Orlando Figes en su análisis del ejercicio del terror durante uno de sus momentos más dramáticos como es el de las grandes purgas de 1937-38, esta política de persecución y violencia no podría haber alcanzado la extensión que efectivamente tuvo sin la participación y la colaboración de la población, a través de frecuentes denuncias realizadas por gente común ante los organismos de seguridad del régimen; es decir que, sin el apoyo civil, la dimensión de las purgas podría haber sido menor. Claro que el fenómeno de las purgas no se explica sólo por la delación de todas formas; la responsabilidad del régimen, y en especial la del propio Stalin, no puede ser puesta en duda. En tal caso, lo que este tipo de enfoques aporta es ampliar la mirada a su impacto social. La delación fue en la Unión Soviética, al igual que en la Alemania nazi, un mecanismo poderoso de colaboración por parte de la sociedad con el sistema totalitario que no hizo más que aumentar hasta límites inconcebibles el uso de la violencia, como se ha señalado en los estudios de Robert Gellately (2007) y Miranda Lida (2008). La violencia no se explica pues simplemente por las decisiones tomadas en las cúpulas del poder. Señala Figes:

9 De hecho, la sociedad no se atomizó en tiempos de Stalin. En las hambrunas, era común advertir cómo la población -por fuera del régimen y del Estado- ponía en movimiento redes de solidaridad para ayudar a los más desamparados.

“Muchas denuncias estaban motivadas por el resentimiento. La manera más rápida de eliminar a un rival era denunciarlo como “enemigo”. El resentimiento albergado por la clase baja hacia la elite bolchevique fue el combustible que dio potencia al Gran Terror. Los obreros denunciaban a sus jefes, los campesinos denunciaban a los jefes del *koljoz* cada vez que se sentían sometidos a exigencias demasiado estrictas [...] Los ascensos en la carrera y las recompensas materiales eran un incentivo para casi todos los informantes” (Figes, *Los que susurran* 379-81).

Los caminos que encontró el estalinismo para dar con el compromiso entusiasta, la colaboración, la complicidad tácita, la anuencia pasiva o el silencio por parte de la sociedad son infinitos y no se pueden reducir a una fórmula única y unidimensional. Las actitudes de la sociedad ante el terror no se reducen, pues, a una afirmación tajante, blanco sobre negro: se despliegan, por el contrario, sobre una vasta gama de grises. Un interesante aporte en este sentido, donde se sugiere la participación activa e incluso por momentos entusiasta de la sociedad rusa en beneficio del régimen, es en los estudios que han llamado la atención -en una clave interpretativa cercana a la del clásico trabajo de George Mosse para la historia alemana de entreguerras- sobre la puesta en escena de las grandes movilizaciones de masas de la época de Stalin. Las liturgias cívicas del régimen que se desarrollaron con intensidad en los años treinta y, en especial, luego de que Stalin proclamara en su célebre discurso que “la vida sería más feliz, camaradas”, eran una novedad atractiva en el marco de una sociedad en rápida transformación y urbanización. En ciudades donde se podía carecer de bienes de consumo básicos se contaba, sin embargo, con la posibilidad de participar en amplios desfiles y festivales masivos cuidadosamente orquestados por el gobierno, jalonados de manera periódica a lo largo del calendario oficial de celebraciones. Podían ir acompañados por películas, espectáculos populares, teatros, conferencias, demostraciones deportivas, entre otras actividades que ocupaban el tiempo de ocio. Los rituales colectivos y las movilizaciones de masas no tenían precedentes previos en la Unión Soviética de los años 1930; reflejaban la modernidad soviética en su más alta expresión. Puede encontrarse aquí sin duda una de las claves interpretativas más sugerentes para la indagación acerca de uno de los mecanismos más efectivos que tenía el estalinismo para legitimarse: festivales gimnásticos con participación de los jóvenes, fiestas regionales donde cada colectividad nacional integrada a la Unión Soviética desfilaba con sus trajes típicos y se sentía parte de la unión nacional, enormes festivales para festejar el día de la Revolución o del Trabajo, donde se celebraban los logros del régimen. Todos

ellos integraban de manera cohesiva a las masas, soviétizándolas, nacionalizándolas -es decir, integrándolas a la Unión Soviética- y estalinizándolas al mismo tiempo, al decir de Karen Petrone (2000). La política de masas, tan común en otras latitudes de Europa Occidental en plena crisis del liberalismo de entreguerras, también se instaló de lleno en la Unión Soviética de los años treinta, a través de impresionantes rituales cívicos y colectivos.

4. PALABRAS FINALES

No está dicha la última palabra en torno a un tema tan controvertido como el del estalinismo; seguramente todavía correrá mucha tinta en torno de él. El propósito de estas páginas no ha sido hacer un recorrido siquiera exhaustivo en la historiografía sobre el tema, sino simplemente puntualizar algunos problemas que se han abierto en los últimos años, que han contribuido según creemos a que podamos saber algo más no sólo acerca de la historia soviética, sino de todo el período de entreguerras en su conjunto, del cual el estalinismo no puede ser dejado a un lado. Así, hemos enfatizado las ventajas de colocar la historia soviética bajo el prisma de la historia contemporánea en su conjunto, aceptando incluso comparaciones entre las transformaciones sufridas por países comunistas y capitalistas para la misma época. La crisis del liberalismo propia del período de entreguerras afectó con su mayor contundencia a los países que salieron en posición menos ventajosa de la Primera Guerra Mundial: Alemania, Italia y sin duda aquella Rusia que en plena revolución casi desesperadamente pactó Brest-Litovsk en 1918. La historia soviética debe pues ser pensada en un marco global, que admita comparaciones, pero sin perder la especificidad de dicha experiencia histórica.

Asimismo, la experiencia del estalinismo nos ilumina desde otro lugar sobre un problema central de la historia contemporánea del período de entreguerras: el de los totalitarismos. La comprensión histórica del estalinismo en tanto que experiencia totalitaria no puede hacerse ya “desde arriba”, es decir, desde las intenciones de parte de quienes ejercen el poder, ya se trate del líder en persona, del partido dominante o de la burocracia que controla el aparato militar y del Estado. La historiografía reciente en torno al estalinismo ha iluminado con creces, según hemos podido advertir, acerca del modo en que los totalitarismos son vividos “desde abajo”, es decir, desde la sociedad que los padece, los tolera, simplemente les confiere su anuencia tácita y es capaz de aplaudirlos también. La comprensión “desde abajo” permite entender que pese a todo las experiencias totalitarias necesitan generar de un modo u otro mecanismos para producir consensos en los sectores más amplios de la sociedad y no se imponen por sobre ella

como si se tratara de invasores llegados de una galaxia lejana que ocupan el territorio meramente por la fuerza. Esos consensos se fundan en la movilización de anhelos y expectativas ya presentes en la sociedad pero no bien canalizados tal vez, en la difusión de valores que le den sentido a cada una de las acciones emprendidas por los hombres y mujeres, la creación de identidades compartidas, así como también ciertos valores y sentimientos de orgullo nacional (si bien a riesgo de poner en jaque los regionalismos, que la Unión Soviética intentaba integrar, pero que no tardaría en oprimir) y la puesta en escena de rituales colectivos de los que nadie tenía por qué sentirse excluido. Por más totalitaria que pudo haber sido la experiencia estalinista, no puede dejarse de llamar la atención sobre el hecho de que en la historia contemporánea, las dictaduras no vienen dadas “desde arriba” por la mera arbitrariedad de un líder cualquiera, sino que encuentran bien abajo sus raíces profundas. Este es según creemos el mejor modo de intentar comprenderlas.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Arendt, Hannah. *Los orígenes del totalitarismo*. Madrid: Alianza, 2006. Impreso.
- Beer, Daniel. “Origins, Modernity and Resistance in the Historiography of Stalinism”. *Journal of Contemporary History*, vol. 40, n° 2, April 2005, pp. 363-379. Impreso.
- Davies, Sarah. *Popular Opinion in Stalin’s Russia: Terror, Propaganda and Dissent*. Cambridge: Cambridge University Press, 1977. Impreso.
- Fitzpatrick, Sheila. *La revolución rusa*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2005. Impreso.
- Fitzpatrick, Sheila. “An interview with Sheila Fitzpatrick”. *Kritika: Explorations in Russian and Eurasian History*, vol. 8, n° 3, Summer 2007, pp. 485-486. Impreso.
- Fitzpatrick, Sheila. *Stalin’s Peasants. Resistance & Survival in the Russian Village after Collectivization*. Oxford: Oxford University Press, 1994. Impreso.
- Fitzpatrick, Sheila. *Education and Social Mobility in the Soviet Union, 1921-1934*. Cambridge: Cambridge University Press, 1979. Impreso.
- Fitzpatrick, Sheila. *Everyday Stalinism. Ordinary Life in Extraordinary Times: Soviet Russia in the Thirties*. Oxford: Oxford University Press, 1999. Impreso.
- Figes, Orlando. *La revolución rusa. La tragedia de un pueblo, 1891-1924*. Barcelona: Edhasa, 2001. Impreso.

- Figes, Orlando. *Los que susurran. La represión en la Rusia de Stalin*. Barcelona: Edhasa, 2009. Impreso.
- Fritzsche, Peter. *De alemanes a nazis, 1914-1933*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2006. Impreso.
- Gellately, Robert. *Lenin, Stalin and Hitler: the Age of social Catastrophe*. New York: Alfred Knopf, 2007. Impreso.
- Gleason, Abbott. *Totalitarianism: The Inner History of the Cold War*. Oxford: Oxford University Press, 1993. Impreso.
- Goldhagen, Daniel. *Los verdugos voluntarios de Hitler. Los alemanes corrientes y el Holocausto*. Madrid: Taurus, 1997. Impreso.
- Herf, Jeffrey. *El modernismo reaccionario. Tecnología, cultura y política en Weimar y el Tercer Reich*. México: Fondo de Cultura Económica, 1984. Impreso.
- Hoffmann, David. *Peasant Metropolis: Social Identities in Moscow, 1929-1941*. U.S.A.: Cornell University Press, 1994. Impreso.
- Hoffmann, David. *Stalinist Values. The cultural norms of Soviet modernity, 1917-1941*. U.S.A.; Cornell University Press, 2003. Impreso.
- Irving, David. *La guerra de Hitler*. Buenos Aires: Planeta, 1989. Impreso.
- Kershaw, Ian, ed. *Stalinism and Nazism: dictatorships in comparison*. Cambridge: Cambridge University Press, 1997. Impreso.
- Kershaw, Ian. *La dictadura nazi: problemas y perspectivas de interpretación*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2004. Impreso.
- Kotkin, Stephen. "Modern Times: The Soviet Union and the Interwar Conjunction". *Kritika: Explorations in Russian and Eurasian History*, vol. 2, n° 1, Winter 2001, pp. 111-164. Impreso.
- Kotkin, Stephen. *Magnetic Mountain: Stalinism as a Civilization*. California: University of California Press, 1995. Impreso.
- Lida, Miranda. "Entrevistas sobre el nazismo: Robert Gellately y Peter Fritzsche". *Entrepasados*, n° 33, 2008, pp. 121-132. Impreso.
- Madison, Bernice. *Social Welfare in the Soviet Union*. U.S.A.: Stanford University Press, 1968. Impreso.
- Moore Jr., Barrington. *Terror and Progress USSR: some sources of change and stability in the soviet dictatorship*. New York: Harper and Row, 1954. Impreso.
- Overy, Richard. *Dictadores: la Alemania de Hitler y la Unión Soviética de Stalin*. Barcelona: Tusquets, 2006. Impreso.
- Petrone, Karen. *Life has become more joyous, Comrades. Celebrations in the time of Stalin*. U.S.A.: Indiana University Press, 2006. Impreso.

- Schrand, Thomas. "Soviet Civic-Minded Women in the 1930s: Gender, Class and Industrialization in a Socialist Society". *Journal of Women's History*, vol. 11, n° 3, Autumn 1999, pp. 126-150. Impreso.
- Service, Robert. *Camaradas. Breve historia del comunismo*. Barcelona: Ediciones B., 2009. Impreso.
- Service, Robert. *A History of Twentieth-Century Russia*. U.S.A.: Harvard University Press, 1998. Impreso.
- Stites, Richard. *Russian Popular Culture. Entertainment and society since 1900*. Cambridge: Cambridge University Press, 1992. Impreso.
- Viola, Lynne. *Peasant Rebels under Stalin: Collectivization and the Culture of Peasant Resistance*. Oxford: Oxford University Press, 1996. Impreso.
- Von Geldern, James and Richard Stites. *Mass Culture in Soviet Russia. Tales, Poems, Songs, Movies, Plays and Folklore 1917-1955*. U.S.A.: Indiana University Press, 1995. Impreso.
- Weitz, Eric. *La Alemania de Weimar. Promesa y tragedia*. Madrid: Turner, 2009. Impreso.

